

CAPITULO XXXII.

La sociedad moral.

Antes de entristecer nuestros ojos con el espectáculo de las divisiones que producirá muy pronto el orgullo del espíritu humano, descansenos todavía un momento sobre la obra maestra de unidad social, creada por el espíritu de Dios.

“El hombre, dice M. Thiers, arrojado en medio de este universo, sin saber de dónde viene, adónde va, por qué sufre, y aun por qué existe; qué recompensa ó qué pena recibirán las largas agitaciones de su vida; asediado por las contradicciones de sus semejantes, de los que unos le dicen que hay un Dios, autor profundo y consecuente de todas las cosas, y otros le dicen que no hay nada; aquellos que hay un bien y un mal que deben servir de regla á su conducta; estos, que no hay ni bien ni mal, que tales obras no son sino invenciones de los grandes de la tierra; el hombre, decimos, en medio de esas contradicciones, experimenta la necesidad imperiosa, irresistible de hacerse una creencia decretada... y no sería posible inventar tal creencia. . . . Los filósofos, aun los mas sublimes, pueden crear una filosofía, agitar por su ciencia el siglo que ellos honran: pueden hacer pensar, pero no pueden hacer creer.”¹

Durante cuatro mil años, la tierra, separada de su Creador, por su rebeldía, permaneció en una funesta ignorancia ó en una mortal incertidumbre de lo que mas le importaba

Historia del Consulado y del Imperio, tom. III, pág. 205.

saber, colocada como estaba entre tradiciones corrompidas y una filosofía desorganizadora. “Dios solamente, exclamaba Platon, podrá sacarnos del abismo.” Los pueblos lo sentian íntimamente, y volvian sus miradas suplicantes hácia el cielo. Repetidos oráculos mantenian sus esperanzas. “Un dia vendrá, decian estos, y el Señor dará un doctor de justicia y la salvacion se encontrará sobre la montaña de Sion. El Señor mismo apacentará sus ovejas, y buscará á las que se han extraviado; levantará á las que han caido, y curará las llagas de las que están heridas: él suscitará sobre ellas un pastor único; ellas marcharán en sus juicios y guardarán sus preceptos; Él hará con ellas una alianza de paz, un pacto eterno; en medio de ellas establecerá para siempre su santuario.”

El dia de la libertad anunciado por los profetas llegó, en fin, y se oyó á un apóstol saludarle en un lenguaje misterioso, con aclamaciones de alegría: “Yo, Juan, ví á la Ciudad Santa, á la nueva Jerusalem que venia de Dios y descendia del cielo, adornada como una esposa que se ha ataviado para su esposo. Ella estaba rodeada de la claridad de Dios, y la luz que la esclarecia era semejante á una piedra preciosa, á una piedra trasparente como un cristal. Las naciones marcharán á favor de esta luz, y los reyes de la tierra llevarán á ella su gloria y su honor.”¹

Dios, pues, teniendo piedad de nuestra profunda miseria ha descendido á nosotros y nos ha traído las verdades celestes, cuyo olvido y alteracion dejándonos en las mas espesas tinieblas ó en los mas graves errores, nos habian conducido á los mayores males. A esta espantosa anarquía moral que desolaba el mundo, ha querido que suceda la sociedad universal de los espíritus que debe salvarle. Creador soberano de todas las cosas, Señor absoluto de lo visible y de lo invisible, sustancia eterna de la verdad, fuente inefable de toda autoridad y toda ley, Él únicamente podia subyugar las inteligencias libres hechas á su imágen. Enviando de lo alto de

¹ Apocal., cap. 21.

los cielos á su Hijo, investido de su poder, de su sabiduría y de su caridad, le ha dado las naciones por herencia y la tierra por imperio. El Hijo á su vez, delegando á ministros de su eleccion los poderes soberanos que tiene del Padre, ha establecido apóstoles, profetas, pastores y doctores para trabajar en el inmenso edificio de la sociedad espiritual.

Tal es el germen del reino de Dios que nos fué prometido y que debe crecer entre nosotros; tal es el origen de la Iglesia católica cuyo objeto final es conducir á todos los hombres á la unidad de una misma fé, al estado del hombre perfecto, á la medida de la edad completa de Jesucristo, segun las palabras de San Pablo, á fin de que dejando de estar vacilantes como los niños, no se dejen arrastrar por todos los vientos de la opinion, por todos los torbellinos de la malicia y del sofisma, sino que crean de todas maneras en Jesucristo, su jefe, practicando la verdad por la caridad. Por su canal bendito, las verdades superiores que emanan del trono de Dios, llegarán en su pureza inmaculada hasta las voluntades libres, á quienes deben servir de regla, y les ordenarán la sumision inspirándoles la fé. Ya no más incertidumbre en las conciencias católicas ni más division en los espíritus; Dios mismo habla en sus órganos y su palabra es acogida como la verdad infalible.

Hemos visto y vemos todavía verificarse esta maravilla á nuestros ojos. El prodigio comenzó en el dia de Pentecostés: el Espíritu Santo descendió en lenguas de fuego sobre los apóstoles, y cuando predicándole al pueblo, se hicieron oír de los enviados de todas las naciones que están sobre la superficie del globo. Pero muy pronto esas voces que no encontraban eco sino en las bóvedas del templo de Jerusalem, resonaron hasta las estremidades de la tierra. Nada pudo apagarlas, ni los gritos de la multitud furiosa, ni el brazo del verdugo, ni los clamores del hombre del mundo, ni las declamaciones del sofista, ni los sarcasmos del impío, ni los aullidos del bárbaro: estas voces lo cubrieron todo; lo dominaron todo! Los

hijos de Adan guardaron silencio y escucharon los oráculos del siglo que su padre habia, por su desgracia, desdeñado. Ellos se sometieron á los santos decretos de la Iglesia y la reconocieron por la soberana de las almas. Jamás un acontecimiento semejante habia tenido lugar en la historia; en ese inmenso libro de la vida de la humanidad. Sobre el trono de esos emperadores romanos, armados de todo el poder de la espada y que habian hecho doblegar la cerviz de las naciones bajo su yugo de hierro, subió un débil pero venerable anciano, sin mas armas que el Evangelio en sus rugosas manos; y este anciano por solo el poder de su mision pacífica, estendió mas lejos que los Césares su imperio santo y reverenciado. Reyes y pueblos inclinaron religiosamente la cabeza ante la palabra del vicario de Jesucristo como ante la palabra de Dios mismo.

La unidad moral estaba constituida: el rebaño de las almas no tenia ya sino un pastor único y legítimo. De todas partes del mundo los fieles se volvieron hácia Roma y saludaron con amor al padre comun de la cristiandad.

En Europa fué donde se manifestó mas particularmente esta unidad en toda su fuerza y su belleza. No obstante que se componia esta parte del mundo de muchas naciones opuestas en costumbres, caracteres é intereses, no formó mas que una sola familia de hermanos, reunidos en una misma fé y en una misma esperanza. La legislacion moral existe para ellos con los tres poderes que la componen: lo justo y lo injusto estaban definidos de un modo claro é infalible; el deber era cierto, obligatorio, sancionado por las promesas y las amenazas divinas; y ya se trasportasen al Norte ó al Mediodía, al Oriente ó al Occidente, encontraban por donde quiera, el mismo Dios, la misma Iglesia, el mismo culto, los mismos principios é iguales sentimientos. No habian cambiado de patria espiritual, y su alma encontraba otras almas alimentadas con la misma palabra, fortificadas con las mismas gracias. Sobre todas las grandes cuestiones que atormentan en la tierra el es-

píritu del hombre, cuya solución aunque tan deseada y tan útil está fuera del alcance de su razón, reinaba una completa certidumbre y una unánime conformidad. El sol de la verdad brillaba igualmente á los ojos del ignorante que á los del sabio; y no había como en la antigüedad dos doctrinas diferentes, una para el vulgo y otra para los ilustrados: una misma servía de regla á todos en sus juicios, unos mismos principios dirigían todas las voluntades. La confusión entre el bien y el mal era imposible, y así no se tenía que discutir con la conciencia. En lo más alto como en lo más bajo de la escala social, el Evangelio, interpretado por la Iglesia, era la ley común de los pensamientos y de las acciones; cualquiera que se desviase de él, ya estuviese vestido de púrpura ó cubierto de andrajos, era tenido por culpable y digno por lo mismo del castigo de Dios.

Esta claridad y sencillez de la enseñanza católica, esta preciosa difusión de la luz moral en todas las inteligencias, aun las más humildes, esta certidumbre inalterable de la fé sobre los objetos más elevados, es lo que ha arrancado un grito de admiración á la filosofía escéptica. "Preguntad al cristiano, ha dicho Jouffroy, de dónde viene, cómo va y adónde se dirige la especie humana, y él lo sabe. Preguntad á ese débil niño, que aun no ha pensado sobre su existencia, por qué está en el mundo y qué vendrá á ser después de su muerte, y os dará una respuesta sublime, que no comprenderá, pero que no por eso será menos admirable. Preguntadle cómo ha sido creado el mundo y con qué fin; por qué Dios ha puesto en él animales y plantas; cómo ha sido poblada la tierra, si por una sola familia ó por muchas; por qué los hombres hablan diversas lenguas; por qué sufren; por qué luchan entre sí, y qué término tendrá todo esto, y lo sabe! El origen del mundo, el origen de la especie, la cuestión de las razas; el destino del hombre en este mundo y en el otro; sus relaciones con Dios, sus deberes para con sus semejantes, los derechos que tiene sobre la creación, nada ignora; y cuando llegue á ser

grande no tendrá que vacilar sobre el derecho natural, sobre el derecho político, sobre el derecho de gentes, porque todo esto sale, todo esto emana con claridad y como por sí solo del cristianismo. Ved ahí, lo que yo llamo una gran religión."¹

Sin embargo, la fijeza absoluta de la ciencia moral, no impedía el movimiento de los espíritus. Además de que les quedaba abierto enteramente el campo de las ciencias en el orden puramente terrestre, encontraban aun en las relaciones del orden sobrenatural la ocasión de un ejercicio intelectual más extenso y más elevado. No les estaba prohibido el meditar sobre los misterios de la naturaleza increada, y seguir paso á paso las concepciones y las operaciones divinas, ni indagar las sublimes razones, ni asociarse en cierto modo al pensamiento del cielo. El filósofo podía profundizar más y más estas materias; el metafísico subir y elevarse siempre: las inmensas regiones de lo infinito se estendían delante de ellos como un océano sin fondo ni límites y en el cual la vista humana no podría jamás medir ni la elevación, ni la extensión, ni la profundidad. En esas regiones en que Platón, Aristóteles y otros sabios no podían andar sino á tientas y como ciegos, los Tomases de Aquino y los Duns Scot, podían volar como el águila con poderosas alas y con firmes miradas. Iluminados ya con el rayo de la luz celestial, llevaban todavía consigo una infalible brújula que les indicaba la recta vía y los pasajes peligrosos. Nuevos argonautas, sostenidos y guiados de este modo en las empresas arriesgadas de la inteligencia, desafiaban todos los peligros, evitaban todos los escollos de una larga navegación, tocaban al fin dichosamente en la comarca afortunada, en que la hija del rey del cielo les entregaba gloriosos y brillantes despojos.

El espíritu humano, sin embargo, rodeado de una protección especial, esclarecido por una luz sobrenatural, permanecía siempre libre. La pasión podía bramar contra la ley, la inteligencia sublevarse contra el dogma, la voluntad romper

¹ *Miscel. filos.*, pág. 424.